

La Temporada Dramática de Matilde Diez y Manuel Catalina en la Escena de Tacón.- Los Dramas Románticos de Hacer Ochenta y Seis Años y el Amor de los Habaneros por Talía

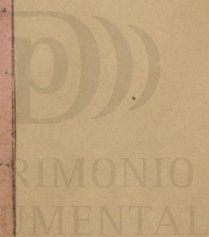
por Mario LESCANO ABELLA



LOS habaneros de antaño eran muy amantes del teatro. Recibieron, con tal motivo, alegremente la noticia del debut en la escena de Tacón, en octubre del año 1853 de Matilde Diez y Manuel Catalina, actores españoles muy famosos. De la temporada que ambos rindieron en la capital de la Gran Antilla hay muchos informes interesantes en la «Revista de la Habana» que fundaron, en marzo de 1853, para que viera la luz quincenalmente, dos literatos de la época: Rafael María Mendié y José de Jesús Quintiliano García. Se imprimió en la imprenta del Tiempo, en la calle de Cuba número 110. Hojear esa publicación es tarea encantadora. Allí se insertaron los capítulos que, bajo el título «Apuntes para la Historia de las Letras en Cuba», escribió Antonio Bachiller y Morales y que años después aparecían en tres volúmenes. En la «Revista de la Habana» se encontraban las firmas más autorizadas de su tiempo. Colaboraban en ella Tranquilino Sandoño de Noja, gran naturalista, Ramón Zambrana, abogado ilustre y esposo de la famosa poetisa Luisa Pérez, Sabino Losada, J. R. de los Reyes, Joaquín G. Lebreo, Andrés Poey, A. Caro, Felipe Poey y otros intelectuales muy respetados y oídos por sus contemporáneos. En un periódico dirigido por Mendié, no podían faltar los poetas. Se hallan en sus páginas versos de Narciso de Foxá, Domingo del Monte, Felipe López Briñas, J. G. Roldán, J. García de la Huerta,

Mercedes Valdés Mendoza, R. Pastor de Castro, Dolores C. y Heredia, F. J. Blanchie, A. Turla, Ventura Aguilar, etc. etc. Entre otros trabajos notables, insertos en el referido quincenario, se leen los artículos de costumbres de Anselmo Suárez y Romero, recogidos después en un libro, y varios trabajos de Don José de la Luz y Caballero. Por ejemplo, su «Informe sobre educación» y la oración fúnebre que dijera el director de «El Salvador», junto a la tumba, acabada de es-carbar en el cementerio de Espada, de Nicolás Manuel de Escovedo, de la cual es este inspirado párrafo: «Abre los brazos, oh madre Cuba desconsolada, para estrechar por última vez a uno de los primeros entre tus hijos; al primero, sin disputa; entre tus oradores, cuya voz predominante y sobrehumana para siempre se apagó en la lóbreguez y el silencio de la muerte».

Se explica que a los habaneros de mediados de la centuria pasada entusiasmase la visita de Matilde Diez y de Manuel Catalina. Ambos se hallaban en la plenitud de sus facultades. La actriz había cumplido los treinta y seis años. El actor no le iba a la zaga en cuanto a edad. Aquella, nacida en Madrid en 1818, se había revelado una de las privilegiadas de Talía a los diez años, representando en Cádiz «La huérfana de Bruselas». Cuando tenía menos de veinte estrenó un drama, «Cristina o la reina de quince años», que la escribió Juan Nicasio Gallego. A los veinte y seis debutaba en el teatro del Príncipe matritense —hoy el Español— con la comedia de Martínez de la Rosa, el poeta político, «La rifa en casa y la madre en las máscaras». Poco después casaba con Julián Romea, excelente actor y distinguido li-



terato, que no la acompañó, por cierto, en su viaje a Cuba en 1853, probablemente porque estaba enfermo y retirado de las tablas a las que no volvió hasta 1865 para morir tres años después. Matilde Diez, que le estrenó a José Zorrilla, en 1849 su hermoso drama «Traidor, inconfeso y mártir», hubo de ser loada por éste en la siguiente forma: «Matilde es la gracia, el sentimiento y la poesía personificadas en escena» Comparaba su voz de contralto, con el violín de Paganini. La famosa artista, después de Cuba visitó México, y tornó a España a remozar sus laureles que le cubrieron hasta que se retiró de la escena a los cincuenta y siete años, en 1875. Murió ocho años más tarde, en el Madrid donde naciera, y que siempre la reverenció. Entre los hechos más notables de su vida se refiere que cuando el estreno de «El Trovador», en Madrid, implantó la costumbre de sacar a escena a los autores a recibir el homenaje del público. El de «El Trovador», Antonio García Gutiérrez, era soldado y se escapó del cuartel para asistir a la primera representación de su drama. Para mostrarse frente a las candilejas tuvo que cambiar el uniforme por unos pantalones y una levita que le prestó un amigo. Le venían anchos y el poeta romántico penetró en la fama con las más ridícula facha que pueda imaginarse.

Respecto a Manuel Catalina también se le anticipó en su viaje a Cuba una gran «reclame», como se dice ahora. Era un joven de ilustre familia que había debutado, junto a Teodora Lamadrid, en el Liceo Artístico, establecido en el palacio de Villahermosa, en la villa y corte. Hasta 1848 dirigió el teatro de Variedades madrileño. Gozaba fama de buen mozo y elegante. Un defecto que tenía, la tartamudez, sabía vencerla con habilidad. Amaba y cultivaba las letras y tradujo, años después, los poemas de François Copée. En su biografía aparece

haber sido el que estrenó el teatro Apolo de la capital española, que subsistió hasta hace poco. Murió en Madrid, su cuna, en 1866.

José de Jesús Quintiliano García, el crítico teatral de la «Revista de la Habana» en 1853, celebró, con júbilo, el debut de Matilde Diez, a pesar de que se la encontraba muy gorda, más de la cuenta.

Esta vino precedida de la fama de ser la primera actriz española, rivalizando con Teodora Lamadrid, conceptuada por otros como la cumbre de la escena en su patria. García, que confiesa no conocer a esta última, declara sin ambages, refiriéndose a la Diez, lo siguiente: «no hemos visto en nuestro teatro

una actriz que la aventaje.» La primera presentación de la histrionisa fue con «Borrascas del Corazón», drama de Tomás Rodríguez Rubí, «inverosímil y exagerado» que exige a su intérprete principal «un estado constante de lamentación y jirimiqueo». La compañía se formó aquí y se elevaron los precios. Manuel Catalina hizo su debut noches antes, frente a las candilejas de Tacón, con «El Arte de Hacer Fortuna».

José de Jesús Quintiliano García le considera un galán bien plantado que lleva el frac con elegancia madrileña pero muy inferior a su compañera. Ambos se hicieron aplaudir, después, en «La Pena de Talión» obra muy cómica y en «La Mojigata» de Fernández Moratín. Matilde Diez, recién llegada al país, hubo de enfermar y esto y ciertos desacuerdos entre bastidores hicieron que la escena de Tacón, según el crítico citado, se convirtiera, copiamos sus palabras, «en un campo de Agramante». Restablecida la artista reapareció con «La rueda de la fortuna», también de Rubí. Se adivina que las cosas no iban bien en la contaduría, porque poco después, se formaron dos compañías para actuar en nuestro gran teatro. Una dramática en la que figuraban Matilde Díaz, Manuel Catalina, la Armenta, González y José, Daniel y Adela Robreño, y otra de zarzuela en la que se destacaban cantantes muy conocidos

entonces en la Habana, como la Mur y la Ruiz García. La reaparición de la Diez fué con un arreglo de Ventura la Vega titulado «Amor de Madre». Posteriormente representó «Cecilia la ciegucecita», de Gil y Zárate, que vapuleó Manuel Martínez Villergas, agrio crítico y humorista que dirigía aquí la integrista publicación «El moro Muza». «El trovador» de García Gutiérrez y «Bandera Negra» de Rubi. La función en honor y beneficio de la Diez fue con «La trenza de sus cabellos», drama escrito expresamente para la actriz por el mismo Rubi, uno de los poetas románticos más famosos, en vida, en España y la América Española y completamente olvidado después de su muerte. Es verdad que hay motivo para sospechar que sus ripios cubren, hasta hacer que desaparezca, su tumba.

En aquella temporada del año 1853 aplaudió la Habana a un niño prodigio pianista, francés, llamado Paul Julien que, el día de su presentación primera en la escena de Tacón, cumplió los trece años de edad. Simultáneamente con la Diez y Catalina actuaba en la capital de la isla una compañía de dramas en el teatro Villanueva, que algunos años más tarde se hizo para siempre sangrientamente famoso en la historia de Cuba. En él hubo de estrenarse la comedia de Malesville titulada «Sullivan» que hace pocos años aún valía grandes éxitos a Ernesto Vilches en nuestros escenarios y que, en aquella época, gustó extraordinariamente a los habaneros. Estos gustaban entonces de todos los generos teatrales. Así se explica que alternativamente con la Diez se presentará en la escena de Tacón la familia Lee famosa por sus actos de equilibrio y que el mismo público que aplaudía, en nuestro máximo teatro, una noche a las Diez y a Catalina en «La niña boba», «Marcela» y «La escuela de las coquetas», a la velada siguiente fuera a gozar, representado por otro cuadro, con el «Dominó Azul» de Camprodón y Arrieta, del que se acuerdan seguramente los aficionados cubanos mayores de cuarenta años porque lo cantaron, a principios de este siglo en la escena de Albisu, Paquito Calvo, Consuelo Baillo, los

tenores Casañas, Figarola y Mateu y otros artistas que gozaban de gran crédito como intérpretes del llamado «género grande».

En las críticas de teatro de José de Jesús Quintiliano García insertas en la «Revista de la Habana», hallamos quien sabe si las que fueron las primeras alabanzas para Adela Robreño que, en el andar del tiempo, gozó de muchas simpatías entre los amantes de Thalia. En la obra de Ventura de la Vega «Amor de Madre», en que la Diez encarnó a la protagonista, ejemplar insigne de exaltada maternidad, hizo el rol de su hijo, Sir Arturo, la expresada Adelita. Acerca de su labor, García suscribió elogios sintetizados en este augurio: que la joven no demoraría en hacerse notable en la escena.

MARIO LESCANO ABELLA.

Agosto de 1939.

Sep. 2/39
Wance -



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA